

# Presentación

Hay quienes, creyendo firmemente que la vida viene siempre de algo previo, afirman que, sin embargo, aboca en la nada. Y no les faltan apoyos en la historia de la filosofía. Fue Hegel quien admitía que la nada y el ser son conmutables. No obstante, cuando en su *Ciencia de la lógica* trata de la muerte del individuo, no puede dispensarse de admitir soterradamente una nada absoluta sin ser. El individuo transita a la nada sin restricción, sin determinación ulterior y sin *Aufhebung*. Feuerbach precisará luego que la muerte no es positiva aniquilación, sino una aniquilación que se aniquila a sí misma. Queriendo escapar de la trampa de una nada que es, nos dice en sus «Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad» que la muerte es ella misma «la muerte de la muerte». Una reduplicación que nos coloca ante una nada a la que, paradójicamente, no hay nadie que pueda llamar nada. ¿De qué nada se habla entonces cuando se trata de la muerte? Se la ha llamado carencia, ausencia, vacío.

Si la nada ha de significar carencia, esto sólo puede concernir a los vivos, que son a quienes les faltan los otros ya muertos. Una nada absoluta vendría entonces a significar que los muertos son finalmente olvidados porque no representan nada para nadie: la muerte de Dios, en suma. Pero como en el concepto de carencia no está de por sí decidido si lo que falta es algo o pura ficción, no podemos servirnos de él para comprender la nada en que presuntamente desemboca el hombre. El hecho de calificar a una persona como no viva sólo decide acerca de un estado de cosas en relación con otro que llamamos vida, pero no determina que el nuevo estado sea excluyente con ella.

Algo semejante acontece con los conceptos de ausencia y vacío. Designar algo como ausente supone vivirlo actualmente como habiendo estado presente. Pero si al final no hay nada, ni el difunto puede probar alguna ausencia, ni el que lo sobrevive puede equiparar el sentimiento de su ausencia con una nada ilimitada. El mismo concepto de vacío parece sólo significar algo en relación a una frontera con un ser que está presente. Mas nadie vive la línea fronteriza entre la vida y la muerte. El que muere ha perdido la presencia de sí justo en la frontera, y tampoco los supervivientes pueden certificar el paso puntual de una frontera.

Carencia, ausencia y vacío nos informan de lo inviable de pensar vida y muerte desde la muerte misma. Autores actuales como Hans-Dieter Bahr han recalado precisamente en las zonas de lo impensable que se plantean a propósito de la muerte para estimular el pensamiento sobre ella. No la meditación sobre la muerte como si ya supiéramos lo que ella es.

José Luis Caballero Bono